

# La burbuja malvada del 'sanchismo'



Luis  
Sánchez-Merlo

La inmersión en cadenas de radio y platós de televisión en la que anda ocupado el candidato socialista se ha convertido en velocípedo propicio para intentar dismantlar lo que la propia víctima ha definido como la “burbuja malvada del sanchismo”.

El deambulante peregrinaje del aspirante y sus hidalgos, seguido del cabildeo morganático entre la extrema derecha y la derecha extrema, han propiciado que el titular recupere bramido después de los resultados de las elecciones locales y regionales que dejaron sin aliento a la izquierda taciturna.

Mientras tanto, entre los galanes de la conjetura la pregunta es: ¿logrará pinchar la burbuja a tiempo? Y se ha puesto manos a la obra.

## ► Primera estación: Alsina.

Con un ataque directo y sin dobleces, ha llamado la atención su agresividad con la prensa. Sin nombrarlos, “no hago señalamientos”, dejó perfectamente claro quiénes, a su juicio, han vertido, sin cesar, “veneno” y mentiras sobre su Ejecutivo, lo que le llevó a describir la labor periodística como un “factor corrosivo” que inocula en la sociedad el citado concepto del sanchismo.

Según denunció, sin recovecos, en el ecosistema mediático español existe “una gran desproporción entre la información de la prensa y la realidad sociológica del país, entre las visiones conservadoras en los debates públicos con respecto a las que se les da a las progresistas”.

En la prensa española “solo encontramos mentiras, manipulación y maldad”. Lo dijo, sonriendo, dos veces y en el mismo orden, lo que desvela que se lo traía aprendido de casa. No ha sido un calentón, más bien un mensaje claro: la prensa en España no está con la democracia.

Como gato panza arriba, hizo una defensa cerrada de la acusación de recurrir a la mentira. “Mentir significa decir algo a sabiendas de que no es verdad. Mentir es el IIM y ETA. Rectificar es otra cosa bien distinta. Para mí, los cambios de opinión son por convicción”.

Cuando la mentira se aparea con el independentismo, abunda en una argumentación que ha hecho con anterioridad: “Que yo he cambiado mi posición con la política que teníamos que seguir en Cataluña es evidente. Lo he hecho por un fin mayor, que es la convivencia. Cataluña está hoy mejor que en 2017. No habrá más referendums”.

En sus primeros compases, el gobierno de coalición pasó de recibir con trompetería al *Aquarius* a zanjar la tragedia de la valla de Melilla, “bien resuelto”. Cuando la prensa internacional se zambulló en el episodio, el Ejecutivo se limitó a responder que ha tenido “una aproximación humanista al fenómeno de la inmigración”.

## ► Segunda estación: Évole.

En una hora de victimismo y ataques a la constelación mediática, el animal político –que nadie le discute ser– definió la expresión acuñada por sus adversarios, el “sanchismo”, como “mentiras, maldades y manipulaciones”. Con un claro culpable, escogido de antemano para una eventual derrota: “A mí me derrocó la prensa”.

Y, achicando balones, la disquisición propia

de un hombre astuto que sabe cuándo hay que entrar y, sobre todo, cuándo hay que esperar: “No he sido capaz de medir cuáles son las consecuencias de esta burbuja de antisanchismo y ahora tengo que estar en todos los programas para pinchar esa burbuja”.

“Hay poderes económicos que no nos quieren en el poder, que no les gusta lo que hace este gobierno y que están detrás de las terminales mediáticas. Han deshumanizado al adversario político, han cuestionado los resultados electorales cuando no le gustan. Lo que llaman el sanchismo (‘ese monstruo de siete cabezas que algunos se han inventado, desde “medios de comunicación”) es una burbuja”.

## ► Tercera estación: Motos.

Con ropaje muy cómodo (mangas de camisa azul tejano-zapatos blandos sin cordones, pulsera arcoíris en la muñeca derecha), en plan “he venido a hablar de mi libro”, dio un mitin, convirtiendo el plató en una fiesta progresista, que cree asistir al comienzo de una remontada para ser recordada.

Con mirada pícaro, dirigida a un tendido animado, distinguió entre opinión pública y publicada, en apelación póstuma a Felipe González. Reivindicó haber gobernado siempre para la mayoría social. Dijo no reconocerse en lo que se dice de él. Se apuntó haber unido a la sociedad catalana y haber apaciguado con los indultos, al contrarrestar el gran error de judicializar un conflicto político.

El conductor del programa, aprovechando para –de entrevistador a entrevistador– pedirle discursos más cortos, le imploró: “Déjeme que le haga una pregunta”, mientras le espetaba: “¿no ha pensado en que el problema es usted?” Silencio espeso en el plató.

El acuse de recibo a otro escocimiento, “la derogación del sanchismo”, lo saldó con un manotazo: “No sabemos qué quiere decir, significa quitar banderas LGTBI, tirar a la basura la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible, debilitar el diálogo entre la patronal y los trabajadores...”

Y cuando el pálido conductor le preguntó por la continuidad de la ponente del “sí es sí”, después de que un millar largo de agresores sexuales se vieran beneficiados, el invitado, que seguía desatado, respondió con desdén: “No voy a entrar en cuestionar el trabajo de una ministra del gobierno. He antepuesto la estabilidad institucional, aprobando doscientas leyes”.

En el descenso a la arena mediática, aunque tardía, el titular ha seguido negando la existencia del sanchismo, a base de ocupar los espacios televisivos en primera persona sin miedo a nada.

Haciendo gala de un lenguaje corporal cáustico –no da por perdido un balón y te puede dormir con el pase corto repetido– que le proporciona el oxígeno necesario para no pecar de optimista, asegura que va a ganar las elecciones, mientras las encuestas insisten en lo contrario.

Con seguidores pasmados; por el despliegue de verbosidad, cordialidad agresiva, antipatía amable, condescendencia despectiva, odio indisimulado al opositor, obsesión por la superioridad, una vanidad delirante y tirando de un garbo que siempre cotiza; y un elixir imbatible: poner el monedero boca abajo del todo, y el que venga detrás que arree con el agujero. El entretenimiento televisivo ha quedado colonizado por la batalla política.

## ► Cuarta estación: 10 de julio.